

# INFORMACION NACIONAL

## MADRID

### LA CAIDA DEL RÉGIMEN

# Proclamación de la República en España

SE HA CONSTITUIDO UN GOBIERNO PROVISIONAL

MANIFESTACIONES EN LAS CALLES, CON VITORES Y APLAUSOS

DECLARACIÓN DEL ESTADO DE GUERRA

### De Palacio

El anuncio de que el jefe del Gobierno había acudido a las diez a Palacio, para plantear en toda su integridad el pleito político, atrajo buen número de curiosos a los alrededores del regio alcázar, que se daban cuenta de la enorme trascendencia del acto de hoy.

Fuerzas de Seguridad y parejas de la guardia civil, apostadas en la plaza de Oriente y en su alrededores, cuidaban de que no se formasen grupos y de que no se alterase el orden.

La expectación era grande conforme se aproximaba la hora en que había de ir a Palacio el almirante Aznar.

Como en la anterior crisis, el contingente de periodistas y fotógrafos que acudieron a Palacio fué extraordinario.

A la hora de costumbre se hizo el relevo de las fuerzas de alabarderos y de la guardia exterior en el regio alcázar. No había modificación aparente en ninguno de los servicios.

A las diez de la mañana, en un automóvil real, salió el infante don Jaime, acompañado de su tío el marqués de Carisbrooke. La ausencia del infante no duró apenas veinte minutos.

En Palacio estuvo esta mañana, como de costumbre, la princesa doña Beatriz de Orleans.

También acudieron varios aristócratas.

### El Gobierno en el regio alcázar

El jefe del Gobierno, almirante Aznar, de paisano y en compañía de uno de sus ayudantes, llegó a Palacio a las diez y media en punto.

La presencia del automóvil oficial atrajo a un grupo muy numeroso de periodistas.

El presidente mostró gran extrañeza al ver tanta gente y, después de saludar a los periodistas, les manifestó que no se explicaba la expectación.

—Nada—dijo—vengo como todos los días. ¡Pero también fotógrafos!—exclamó.

Siempre rodeado de los periodistas, entró en el zaguán para dirigirse al ascensor.

Un informador habló al presidente del Consejo de los rumores que habían circulado durante la noche última y de los que aún circulaban.

—Sí, muchos rumores—contestó el presidente. —También se ha dicho que S. M. no estaba en Palacio, y ahí está. Voy arriba, pero a la salida no me atraquen ustedes.

Un cuarto de hora después llegó a Palacio el marqués de Hoyos, quien manifestó, al mismo tiempo que entraba en el alcázar:

—Nada, vengo a despachar como siempre. Traigo algunos detalles complementarios de las elecciones y unos decretos corrientes de mi departamento.

También llegó poco después el ministro de Hacienda, a quien causó mucha extrañeza ver tanta aglomeración en la puerta de Palacio.

—Cuanta gente hay aquí—dijo—. Vengo a despachar como martes. Me avisaron desde Palacio que viniera a las once y ya es esa hora.

Los informadores enteraron al ministro de que en la cámara regia se encontraban el presidente y el ministro de la Gobernación.

A una pregunta de un periodista el señor Ventosa negó que hubiera de celebrarse Consejo.

Poco después de las once y media se oyó el timbre indicando que iba a salir el jefe del Gobierno.

Los periodistas, cada vez en mayor número, engrosados con un gran contingente de políticos, se apostaron en la escalera del ascensor.

En su último peldaño el almirante Aznar se expresó ante los periodistas en los siguientes términos:

—Cuatro cosas, o mejor dicho, una sola, y es que he aconsejado al Rey que como falta en la constitución del actual Gobierno la representación de un sector de la política, explore su voluntad y el parecer del mismo acerca de la situación actual. Me refiero a los constitucionalistas—añadió—, cuyo grupo no figura en el Gobierno. Como digo a ustedes, faltaba en el gabinete ese sector político, y como el Soberano no oye ni habla con ningún político, nada más que con los que tiene a su alrededor, es decir, con sus ministros, es preciso que oiga el parecer de aquellos, mucho más cuando no tiene el Gobierno ideas distintas a las del indicado sector, porque creemos que la actual situación debe resolverse en unas Cortes constituyentes.

Aunque en estas elecciones—añadió—su resultado arroja que en las grandes poblaciones se pide un cambio de régimen, por otra parte en la mayoría de los pueblos se han declarado monárquicos y no hay que olvidar que es más crecido el número de concejales monárquicos, por lo que creemos que aque-

lla opinión debe ratificarse en unas Cortes.

Luego el presidente inició su marcha hacia el automóvil, seguido de los periodistas que le abrumaban a preguntas.

—¿Cuándo empezarán las consultas?—le interrogó un informador.

—A mi juicio cuanto antes—contestó.

—¿Quién vendrá primero?

—¡Ah!, yo no lo sé.

—¿Será don Melquiades Alvarez?

—Según tango entendido ayer se declaró republicano.

—¿El señor Burgos Mazo vendrá a Madrid?

—No lo sé, aunque me parece que sí.

Ya al pie del automóvil y contestando a los periodistas les indicó que las personalidades políticas que serían consultadas eran los señores Bergamín, Villanueva y Sánchez Guerra.

A las doce menos veinte abandonaron juntos la cámara regia los ministros de Hacienda y Gobernación.

El marqués de Hoyos permaneció callado, mientras su informador, señor Ventosa, hablaba con los informadores.

—Supongo—dijo—que el presidente les habrá dicho lo que hay. ¿Qué les contestó el jefe del Gobierno?

—Que no había crisis—contestó un periodista—y que el Rey se propone consultar la opinión de los constitucionalistas.

—Pues eso es. El Rey llamará a estos señores y oír a todos los ministros del actual Gobierno, de dos en dos.

—¿Y a ustedes les ha oído ya?

—Sí, con nosotros ha hablado ya.

—¿Quedará resuelto todo esto hoy?

—Nosotros no sabemos. El porvenir no depende del Gobierno. Eso lo mismo lo pueden conjeturar ustedes que nosotros.

A las doce llegó a Palacio el conde de Romanones.

Abriéndose paso entre los periodistas y con la mayor rapidez que le fué posible, atravesó el zaguán.

—¿Va a venir algún otro ministro con usted?

—No sé. Yo vengo porque me han llamado. Pocos minutos después llegaba el marqués de Alhucemas acompañado de su sobrino el ex subsecretario señor Gullón.

El ministro se adelantó a toda pregunta diciendo:

—No sé nada; estaba en el Ministerio y me han llamado.

—Arriba—le dijeron los periodistas—está el conde de Romanones y S. M. les recibirá a ustedes juntos.

—¡Ah!, sí—exclamó el ministro—ahora veremos.—Y sin añadir más tomó el ascensor el señor García Prieto.

A las doce y media llegó el ministro de Marina.

Los periodistas le rodearon, pero el almirante Ribera se limitó a decir:

—Vengo llamado por el Rey y no puedo decirles más.

Cinco minutos después llegó el general Berenguer.

—Buenos días, señores—dijo a los periodistas—. Vengo llamado—. Y sin decir más tomó el ascensor.

A la una menos cuarto llegó el duque de Maura. Se limitó a decir que venía llamado por el Monarca.

Momentos después llegaron juntos los señores La Cierva y Gascón y Marín.

—¿Qué solución dá usted, don Juan?—le preguntaron los informadores al señor La Cierva.

—No sé—contestó—ahora veremos

—El presidente ha dicho que no hay crisis.

—Pues si lo ha dicho el presidente, no hay crisis.

El señor Gascón y Marín contestó a las preguntas de los periodistas diciendo:

—He sido llamado y creo que por parejas hablaremos con el Rey. A mí seguramente me tocará con el ministro de Fomento.

Iban ya a tomar el ascensor los dos ministros cuando un señor de avanzada edad, que estaba en el zaguán, se acercó al señor La Cierva, y le abrazó diciéndole:

—Animo, don Juan, mucha confianza tenemos en usted.

Minutos antes de la una llegó el conde de Bugallal y no hizo manifestaciones de interés, limitándose a decir que venía llamado por el Rey.

En la puerta del ascensor el conde de Bugallal se encontró con los señores conde de Romanones y marqués de Alhucemas, que salían.

El ministro de Estado, al ver a los periodistas, exclamó:

—¿Qué hay, señores? Aquí tienen ustedes al ministro de Economía.

Pero a los informadores no les satisfizo la explicación, y enseguida le preguntaron:

—¿Hay crisis o no hay crisis, señor conde?

—Yo quiero decirles la verdad, y ésta es que no hay crisis.

—Lo mismo nos ha dicho el presidente.

—El presidente ha dicho—intervino diciendo el marqués de Alhucemas—que se había acordado que el Rey escuchase la opinión de todos los ministros, mejor dicho, que se ampliasen las manifestaciones hechas ayer en Consejo por cada ministro.

Durante la conversación el Monarca nos ha dicho que oíría también la opinión de los señores Sánchez Guerra y Villanueva.

—¿Y los señores Bergamín y Burgos Mazo, serán llamados?

—No lo sé, pero sólo he oído hablar de los señores Sánchez Guerra y Villanueva.

—¿Y de don Melquiades Alvarez?

—No—dijo el conde de Romanones.—Después de lo que dijo ayer no creo ya que se le llame.

Tranquilidad, señores—añadió—y tranquilidad para todos. En este momento difícil es cuando hay que tener más tranquilidad, que con tranquilidad todo se resolverá bien.

Un periodista preguntó al marqués de Alhucemas:

—¿Se declarará esta tarde el estado de guerra?

—¿Quién ha dicho eso? De ninguna manera, eso de ninguna manera.

Al salir el duque de Maura manifestó:

He dado mi opinión al Rey, que no difiere en nada naturalmente de lo que dije ayer en Consejo.

Después salieron el general Berenguer y el almirante Ribera.

El primero dijo:

—Nada, señores, que me han llamado y he venido.

Se formularon varias preguntas al almirante Ribera, que se limitó a decir:

—Yo no puedo dar mi opinión.

Hasta las dos y diez minutos de la tarde no dieron por evacuada su consulta con el Monarca los señores conde de Bugallal, La Cierva y Gascón y Marín.

El conde de Bugallal, que fué el primero de los que aparecieron ante los periodistas, al abrirse la puerta del ascensor, muy malhumorado al ver la barrera de informadores, pidió paso, y exclamó:

—No puedo decirles nada; no son momentos para decirles nada.

Convencidos los periodistas de que era inútil todo intento, le dejaron salir, siendo rodeado por algunos políticos, curiosos y demás personas que se hallaban en el zaguán de Palacio.

Con la calma habitual del ministro de Fomento y con su sonrisa significativa el señor La Cierva fué acercándose a los periodistas, tranquilamente, y manifestó:

—Hemos sido llamados para exponer nuestro parecer al Monarca, y se lo hemos expuesto.

—¿Habrá Consejo esta tarde?—se le preguntó.

—No sé—contestó.—Desde luego si el presidente lo convoca lo habrá.

—El jefe del Gobierno dice que se celebrarán más consultas.

—Tampoco lo sé.

—Pues el presidente—agregó un informador—nos dijo que vendrían los constitucionalistas señores Villanueva, Bergamín y Burgos Mazo.

—Pues si el señor presidente lo ha dicho, vendrán.

—¿Pero sabe usted si esta tarde?

—Yo no sé nada. De veras les aseguro a ustedes que no sé nada.

Otro periodista preguntó al ministro si iba a hacer algunas visitas, a lo que contestó el señor La Cierva:

—Ahora donde voy es a almorzar. Ya es hora después de estar aquí dos horas.

Al fijarse en la cara de algunos de los informadores que le rodeaban, dijo:

—Está toda la plana mayor del periodismo. Día de emociones.

—Sí, de emociones intensas y continuas—comentó un periodista.

—Es conveniente—añadió el ministro—. Así se mantienen las vibraciones del fluido nervioso.

—¿Volverá usted esta tarde?

—No sean ustedes suspicaces. No soy más que un peoncillo. No van por ahí las cosas—agregó—indicando, como final, que las consultas seguirían después del almuerzo.

Con otro grupo de periodistas se dirigía a su automóvil el ministro de Instrucción Pública, que no fué muy expansivo en sus manifestaciones.

Sin embargo, el señor Gascón y Marín confirmó que hoy había recibido ante el Rey lo que ayer hubo de exponer en el Consejo. Desde luego—añadió—las consultas seguirán esta tarde, sin que pueda determinar quiénes serán llamados.

A las tres menos veinte volvió de nuevo a Palacio el conde de Romanones.

—¿Otra vez por aquí, señor conde—le dijeron algunos periodistas.

—Sí—respondió—; pero no puedo decirles nada.

—¿Y la salida?

—No sé.

Rápidamente subió a la cámara regia, en donde permaneció veinte minutos.

—¿Qué nos dice usted?—le interrogaron los periodistas.

—Poca cosa. He comunicado a Su Majestad el curso de los acontecimientos y ahora vendrán los señores Sánchez Guerra y Villanueva.

El Gobierno puede que celebre esta tarde Consejo.

—¿Aquí o en la Presidencia?

—Aquí, pero no es seguro.

Y sin agregar más el conde de Romanones abandonó Palacio.

### El señor Sánchez Guerra

Poco después de salir el conde de Romanones llegó a Palacio el señor Sánchez Guerra.

Se excusó de hacer declaración alguna y subió en seguida a la cámara regia.

A las cuatro menos cinco salió de Palacio el señor Sánchez Guerra.

—Puedo decirles a ustedes muy poco—manifestó—. El Rey se ha limitado a consultar mi opinión sobre el momento presente y se la he dado, con la lealtad en mi costumbre. Hemos hablado de cosas graves, de las cuales comprenderán ustedes que no puedo decirles nada. Creo que ahora vendrá el señor Villanueva.

Y nada más; todo lo que podía decirles lo manifesté esta mañana a unos compañeros de ustedes, que vinieron a visitarme. Yo he sido toda mi vida monárquico; hoy me interesa decirlo de una manera rotunda. Soy prisionero voluntario de mi propia historia. Cuando en ocasiones han venido a decirme que yo acabaría siendo republicano he contestado que me parecería muy mal, porque ello equivaldría a que los republicanos tuviesen a su lado a un sirviente. Yo no he sido nunca republicano, y por lo tanto, en esta ocasión menos que nunca, porque no acostumbro acudir en demanda a la cosecha de los vencedores.

—¿Qué impresión tiene usted?—se le preguntó.

—Impresión de tristeza—contestó—. Este es el resultado de aquella siembra.

Cuando iba a tomar el automóvil se le acercó un periodista, comunicándole los rumores que circulaban respecto a la proclamación de la República en Eibar, San Sebastián, Zaragoza y otras poblaciones. El señor Sánchez Guerra se limitó a contestar que algo había de ello.

Los periodistas que visitaron en su casa al señor Sánchez Guerra le preguntaron si estaba conforme con las manifestaciones hechas a la salida de Palacio esta tarde por el señor Villanueva, que publicamos por separado.

—No por entero—respondió—. Es evidente que la elección fué extraordinariamente importante, pero de todos modos no legítima un cambio de régimen. Es interés de todos y aun del Gobierno que presidiera otro régimen, que las cosas se hagan de modo legal, porque toda la vida amargó a Cánovas del Castillo la tacha de ilegitimidad del golpe de Sagunto. Es necesario, por tanto, que para la tranquilidad de la vida pública de España esto no vuelva a ocurrir.

—Entonces—se le preguntó—. ¿Cree usted que esto podrá hacerlo el Gobierno constitucionalista mediante unas Cortes constituyentes?

—No creo posible hacerlo ahora; pero de todos modos es menester buscar un camino de legalidad.

—¿Y lo harán ustedes?

—No acepto lo de ustedes. Yo soy solo, y después de mis notas ya se sabe que estoy solo y hablo por mí solo. Yo sigo siendo monárquico, como lo he sido siempre, continuando con ello fiel a mi historia, que está ahí (con un ademán mostró varios retratos del Rey a él dedicados). No soy yo de aquellos que se apresuran a comer en corro con los vencedores.

—¿Usted cree que resolvería el problema la abdicación del Rey?

—Ya es tarde. Nunca fui partidario de ella, pero repito que es tarde.

—¿Entonces no queda más que se marche el Monarca?

—Yo no soy el mozo de estación para dar el grito de «señores viajeros, al tren». Soy como antes dije, prisionero de mi historia. Tanto en París, como en otros lugares, en varias ocasiones me he negado a requerimientos de militares y de otros elementos que querían que me pusiera enfrente de la monarquía. Siempre dije que yo podría protestar contra un régimen dictatorial o contra los desmanes del poder moderador, pero que sigo y seguiré siendo siempre monárquico. Ahora, cuando el país decida de un modo palmario sus destinos, todos tenemos la obligación de acatar su voluntad, pero no todos estamos obligados a servirla.

Recordó el ejemplo de Thiers, de quien se dijo que en veinticuatro horas pasó del imperio a la república, pero esa imputación—dijo—era falsa. Solamente en las Cámaras, cuando se vió que la voluntad de Francia era republicana, se dió a la realidad.

Se le dijo que Primo de Rivera seguía influyendo en la vida nacional desde su tumba, porque este despertar del pueblo se debía a la dictadura, y contestó:

—Los muertos mandan, pero ahora las culpas de dos recaen sobre uno solo.

### Don Miguel Villanueva

En su domicilio particular visitaron los periodistas a don Miguel Villanueva, para hacerle preguntas sobre el momento político, teniendo en cuenta que había sido llamado a Palacio para evacuar consulta con el Rey.

El señor Villanueva dijo que aun no tenía aviso, ni citación para esa consulta.

No ocultó la importancia del momento en que estamos viviendo desde el domingo, porque es el más decisivo para la política nacional.

Respecto a la importancia que el ex presidente del Congreso dá a la victoria de los antidinásticos, no coincide con la que dan los que aseguran que las elecciones han sido un verdadero plebiscito nacional, en contra del régimen. En estas elecciones—dijo—han votado contra la monarquía muchos monárquicos, significando su voto la protesta contra los siete años de dictadura y contra los desmanes de ese régimen.

Afirmaba el señor Villanueva que es muy peligroso el momento, porque a lo que pueda suceder no se le vé una forma legal. Esta legalidad—dijo—es la que hay que buscar y que unas Cortes sean las que determinen los destinos de España.